

Juan Carlos Monedero

DEMOCRACIA Y ESTADO EN AMÉRICA LATINA: POR UNA IMPRUDENTE REINVENCIÓN DE LA POLÍTICA*

PREGUNTAS DE UN POLITÓLOGO LECTOR

*“(...) El joven Alejandro conquistó la India. ¿El solo?
César venció a los galos. ¿No llevaba siquiera a un cocinero?
Felipe II lloró al saber su flota hundida. ¿No lloró más que él?
Federico de Prusia ganó la guerra de los Treinta Años.
¿Quién ganó también? Un triunfo en cada página.
¿Quién preparaba los festines? Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagaba los gastos? Tantos informes. Tantas preguntas.”*
Bertolt Brecht, *Preguntas de un obrero lector*

¿Es el mismo Estado el que encarceló a Álvaro García Linera en los años noventa y el que hoy dirigen este antiguo proscrito y el presidente indígena Evo Morales? ¿Es el mismo Estado el que hoy referencia Hugo Chávez que aquel contra el que se levantó en armas siendo este comandante menos de una década antes? ¿Es el mismo Estado aquel

* Monedero, Juan Carlos 2011 “Democracia y Estado en América Latina: por una imprudente reinvencción de la política” en *Documentos de Política* (Madrid: Instituto Complutense de Estudios Internacionales) N° 1.

en el que se asesinó a Gaitán en 1948 que el que sembró en Colombia, bajo la presidencia de Uribe, los “falsos positivos” cincuenta años después? ¿Es el mismo Estado el que llenó Brasil, en la expresión de Frei Betto, de *pobretariados*, que el que había sacado a 20 millones de personas de la pobreza tras el final del mandato de Lula Da Silva? ¿Es el mismo Estado el que vio el levantamiento zapatista en 1994 que el que otorgó la victoria a Felipe Calderón en 2006 bajo fuertes acusaciones de sospecha y bajo la mirada displicente de los indígenas? ¿Es el mismo Estado el salido del golpe de Estado contra el Frente Popular de Salvador Allende que el regido por Sebastián Piñera en Chile tras una victoria electoral? ¿Es el mismo Estado el que tenía en la Escuela Mecánica de la Armada un centro de detención y tortura de argentinas y argentinos que el que lo vio convertido en “Espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos”? ¿Es el mismo Estado el que persiguió, baleó y encarceló a José Múgica en Uruguay que el que hoy es regido por este antiguo Tupamaro? ¿Es el mismo Estado el que vio su economía dolarizarse que el que hoy, en Ecuador, expulsa la última base norteamericana de su territorio? ¿Es el mismo Estado el que pertenece a un tratado de libre comercio que el que se integra en formas supranacionales guiadas por la complementariedad y no por la competitividad? Tantos informes, tantas preguntas.

LA IMPRUDENTE RECONSTRUCCIÓN DE UNA POLÍTICA PRUDENTE

*“El concepto de gobierno de los movimientos sociales
es una contradicción en sí misma, sí.
¿Y qué? Hay que vivir la contradicción. La salida es
vivir esa contradicción”.*

Álvaro García Linera, *La construcción del Estado*

Una de las principales trampas del análisis político tiene que ver con la naturalización del acontecer social. La advertencia marxista acerca de la historicidad de los procesos sociales se deja de lado, y una suerte de fatalismo e inmutabilidad viene a dejar su impronta no solo en aquellos momentos en los que *todo lo sólido* pudiera *disolverse en el aire*, sino que se convierte en el patrón de interpretación de la cotidianeidad. La *naturalización* del modelo económico neoliberal está en el núcleo de estos análisis. De esta manera, toda la gestión política se mide en virtud de la aplicación —o no— de unas recetas que, al venir emanadas de los países centrales, forman parte del patrón científico *necesario*. Buscar otras salidas parecen subterfugios de quienes

no quieren entender esa condición necesaria del recetario económico sancionado por las academias nacionales, los organismos de Washington y la Academia Nobel. Las miradas alternativas —por ejemplo, la que considera que la condición imperialista directa o indirecta de los países centrales sobre los países subalternos es la continuación del modelo de clase que venía operando a la interna de cada país—, pasan a considerarse inferiores por pertenecer a modelos interpretativos supuestamente periclitados, a lecturas ideologizadas o a pretensiones periféricas voluntaristas. La falacia de todo este entramado interesado la resumió Joseph Stiglitz en 2003 recomendando a los países de la periferia: “Haced lo que nosotros hicimos, no lo que decimos”¹. Para salir de la indignación moral o la sustitución de marcos interpretativos por meros principios, se hace obligatoria una teoría —por modesta que sea— que permita ubicar los datos de la realidad en un discurso lógico que a su vez permita entender los márgenes del cambio social. Solo puede saberse cuánto es bastante cuando se sabe cuánto es demasiado. Saberlo por la práctica, es imprudente. Saberlo por la teoría, juicioso. La teoría y la práctica son dos caras de una misma mirada. De lo contrario, insistimos, la realidad —incluida la acción colectiva— será vista como un *Factum* frente al cual no cabe sino la resignación o el seguimiento acrítico. Una teoría del Estado, en tiempos en que la tecnología ha desbordado a los Estados, se hace tanto más necesaria cuanto más se aleja de su posibilidad. Aunque sea una *teoría del Estado* (Monedero, 2009a).

¿Puede hablarse del Estado mirando hacia el pasado? Más allá del nombre, del registro en Naciones Unidas, de las tradiciones familiares, de la continuidad de la lengua ¿estamos hablando de lo mismo? Si se despoja al Estado de sus rasgos históricos —tiempo y espacio—, ¿se gana manejabilidad o se pierde precisión? Si el Estado es *la máquina más perfecta de conseguir obediencia*, ¿es indiferente a quién se obedece?

Siguiendo la advertencia de Koselleck sobre la necesidad de vincular los conceptos a una historia que, por definición, es *frágil, subjetiva* y puro movimiento, y no dejándonos engañar por las palabras que, por su permanencia, pretenden convertir a los conceptos en estatuas, podemos afirmar que las “categorías se comprenden cuando se pregunta quién las emplea” (Villacañas y Oncina, 2006: 27). Es así como podrán entenderse tantos adjetivos que hoy acompañan a la institución estatal, todos creados desde centros de poder que necesitan anatematizar el Estado —un *universal evolutivo* al servicio de la disciplina social— cuando se pone al servicio de lógicas que dificultan

1 Disponible en <www.project-syndicate.org/commentary/stiglitz31/Spanish>.

los procesos de acumulación de quienes, tradicionalmente, han tenido fuerza material y simbólica para hacerlos valer. Es desde esa lógica de poder donde hay que enmarcar la ubicación en el basurero de la historia —siempre por imputaciones desde el centro— de supuestos Estados canallas, Estados fallidos, Estados terroristas, así como desestabilizadoras naciones y pueblos sin Estado, de arcaicos pueblos originarios, etcétera.

Una de las virtudes de entender el centro en relación obligatoria con la periferia ayuda a entender que la reacción frente a estos intentos de estigmatización devora igualmente buena parte de los recursos de las gestiones políticas alternativas, a las que se fuerza a un frente externo permanente que dificulta las reformas internas. Mientras que los *Estados poderosos* se gestionan desde su soberanía, los procesos de colonización imperialista obligan a otros muchos países a mantener un duelo permanente para poner fin a la guerra civil externa e interna —alimentada desde fuera o por las élites transnacionalizadas que operan al interior como una quinta columna real o mediática— y que marcaría el comienzo de su gestión moderna pero que se dificulta por la existencia de *ejércitos* hostiles en forma de agresiones militares, chantajes financieros, ataques jurídicos, etcétera.

Si es cierto que detrás de la palabra Estado se encierra un concepto político, y que la *esencia* de lo político es el conflicto —politizar es conflictuar y despolitizar desconflictuar—, llegaremos a la conclusión de que el perfil del Estado en su devenir histórico está ligado a cómo se solventa en cada tiempo y lugar ese conflicto. El Estado es la ratio última encargada de garantizar en lo material y en lo simbólico el orden social existente. Identifíquense las principales causas potenciales de conflicto —aquellas donde seres humanos racionales puedan preguntarse por algo que entienden como una falta, una ausencia, como algo que se les está hurtando—, y se tendrá el mosaico de lugares en donde el Estado estará trabajando para acabar con ese conflicto ocultándolo, reprimiéndolo o solventándolo en un nuevo orden que termine con esa reclamación. De ahí que podamos afirmar: al Estado se le comprende cuando se pregunta a quién sirve.

Esto nos llevaría a entender que pese a que la palabra *Estado* sea de larga data, el concepto que encierra se modula con el tiempo. Allá donde existan conflictos habrá política. La política desaparecería solo cuando las pretensiones de superación de las diferencias desaparecieran. La política termina solo cuando acabe la *conciencia desdichada* de la que habló Hegel. Marx lo simplificó —aún con brillantez— en la sociedad sin clases. El consumismo lo simplificó —con éxito vulgar y apoyo mediático— en el mero deseo universalizado de posesión de bienes materiales mercantilizados.

En el tiempo de la aceleración tecnológica, donde los contemporáneos somos “seres póstumos”, las crisis parecen haber acelerado la frecuencia de las ondas largas y cortas en las que se movía el capitalismo. El Estado real cambia con la misma aceleración, y no hay teoría que pueda dar cuenta de él. Tiene una inercia —los conflictos históricamente solventados y que han cristalizado en sus estructuras, protocolos, leyes, simbolismos, tradiciones, etcétera—, pero al tiempo debe dar cuenta de las exigencias del presente². Lo que diferenciará a un gestor de un estadista estará en la capacidad de prever el rumbo de la historia, entendiendo igualmente las grandes lecturas de sí mismos que hagan los pueblos. En ausencia de una teoría general, los gobernantes, obligados a prescindir de la misma, operan con ensayo y error, pierden tiempo y recursos y dedican buena parte de su tiempo a labores de propaganda. El Estado, que lleva la “st” de lo indeleble en su nombre (en la tradición lingüística indoeuropea, aparece en las palabras que implican permanencia, tales como estructura, estabilidad, estatua, institución, estatus, etc.) está sometido a la ley de la aceleración formulada por Henry Adams en 1904. Un Estado que no se anticipa al futuro es un Estado desbordado por los hechos. Pero solo puede anticiparse lo que es regular. ¿Y cómo operar en el mundo irregular de las bifurcaciones? Afirmar Wallerstein:

[...] hemos entrado después de treinta años en la fase terminal del sistema capital. Lo que diferencia fundamentalmente esa fase de la sucesión ininterrumpida de los ciclos coyunturales anteriores, es que el capitalismo ya no llega a “hacer sistema”, en el sentido en el que lo entiende el físico y químico Ilya Prigogine (1917-2003): cuando un sistema, biológico, químico o social, se desvía demasiado y demasiado a menudo de su situación de estabilidad, ya no llega a encontrar el equilibrio, y se asiste entonces a una bifurcación. La situación se hace caótica, incontrolable por las fuerzas que la han dominado hasta ese momento, y se ve aparecer una lucha, y no entre los poseedores y adversarios del sistema, sino entre todos los actores, para determinar lo que lo va a reemplazar. Reservo el uso de la palabra “crisis” a ese tipo de período. Ahora bien, estamos en crisis. El capitalismo se acaba. (Wallerstein, 2008)

Si Koselleck plantea hacer “una ciencia del pronóstico que mida los márgenes de posibilidad del acontecimiento”, la perspectiva política

2 El Estado debe solventar las crisis de hegemonía —garantizando la obediencia—, las crisis de acumulación —garantizando la reproducción económica, y las crisis de confianza —garantizando la reciprocidad social—. Recientemente, Álvaro García Linera ha referido que el Estado es institución, creencias, monopolio y correlación de fuerzas. Véase García Linera, 2010.

emancipatoria debiera identificar lo posible de lo imposible y operar en sus límites. Luego, reinventar los recuerdos, pues la historia reinicia “en el lugar de los recuerdos” (sin arbitrariedades, pues las fuentes, insiste Koselleck, tienen “derecho de veto”) (Koselleck, 2009). Luego se trata de negociar entre esos recuerdos dialogados, un camino de un futuro que dé sentido a todos los esfuerzos, a los caídos, a los derrotados. Que rompa las inercias, pero no olvide que es el presente quien presta los excedentes para pensar la alternativa. Que rompa las inercias, pero no sacrifique los avances. Que deconstruya las cárceles conceptuales y logre la movilización social. Que reinvente un nuevo sentido común desde la confianza, la legitimidad y la acumulación realmente existentes. Una política imprudentemente prudente.

DEMOCRACIA Y ESTADO: ¿CONCEPTOS PARA LA EMANCIPACIÓN O PARA LA REGULACIÓN?

Si hablar de democracia siempre ha sido una referencia compleja, podemos añadir que ahora, además, es una llamada a la confusión. La comprensión de la democracia siempre se ha hecho en referencia a los Estados nacionales, como una suerte de derivación de las antiguas *polis* griega, donde viera la luz la idea de un gobierno basado en las decisiones de la mayoría. Si bien es cierto que los derechos de ciudadanía que configuran el corpus democrático (de identidad, civiles, políticos y sociales) no se dejan explicar por fáciles oleadas ordenadas y sucesivas —que crean la mentira de que los derechos son jerarquizables y que los derechos sociales son inferiores a los civiles—, es cierto que la Declaración Universal de los Derechos Humanos de París de 1948 ayudó a afirmar una suerte de acumulación retórica (no en la realidad, pero sí en el discurso) respecto de lo que eran los contenidos de la democracia. En ese marco, la decisión de los miembros de la comunidad en elecciones libres y plurales era la referencia central.

Sin embargo, las necesidades de acumulación del sistema capitalista, estrangulado a mediados de los años setenta del siglo XX por la incapacidad del keynesianismo de compatibilizar el mantenimiento de la tasa de ganancia, la paz social y la hegemonía estatal, se solventó rompiendo los corsés estatales nacionales, dando paso a un nuevo modelo más internacionalizado al que le sobraban las restricciones marcadas por los Estados nacionales. La *globalización neoliberal* referenciaba la economía en el ámbito supranacional, otorgando a los mercados internacionales, y en especial a los financieros, un poder omnímodo frente al que postulaban una supuesta impotencia (razón que llevó a acuñar la expresión *pensamiento único*, equívoca al no recoger la multitud de opiniones hoy existentes pero acertada al señalar

el *consenso* generalizado entre los gobiernos y los equipos económicos respecto de las recetas económicas)³.

Si bien la guerra siempre ha sido una solución recurrente en los problemas de valorización del sistema capitalista en los últimos dos siglos, el siglo XXI contempla un nuevo escenario de batalla más sutil que refuerza el recurso al concepto marxiano de alienación y a la renovación foucaultiana del mismo con la idea de *biopolítica*. Nos referimos a los medios de comunicación y, en especial, a la creación de un nuevo sujeto cuya existencia solo existe sobre el papel pero que, como en el principio de Thomas, hace que cosas que son tomadas por reales sean reales en sus consecuencias: la opinión pública. Si en la discusión tradicional, la democracia hacía referencia a la participación y posteriormente a la representación, ahora pasaba a señalar de manera general su *mediatización* (esto es, su representación no electoral sino mediática), donde, es necesario señalarlo, los medios públicos habían perdido su monopolio en favor de grandes empresas con intereses variados y con enorme capacidad de presión sobre los gobiernos⁴.

3 Llamamos globalización al proceso de transterritorialización de los flujos sociales (económicos, jurídicos, políticos y culturales) que mayoritariamente tenían lugar dentro de las fronteras del Estado nacional. Esta movilidad de los flujos sociales ha afectado con mayor énfasis a los intercambios económicos, especialmente financieros, necesitados desde finales de los años sesenta de mercados más amplios para garantizar la reproducción del capital. Pero en modo alguno puede reducirse al campo económico. Aún más, en términos clarificadores debiéramos hablar de *mundializaciones* o *globalizaciones* (Appadurai, Santos) pues son múltiples los aspectos que ya no están limitados geográficamente. Esta transterritorialización opera también cuando diferentes actores en diferentes lugares del mundo coordinan sus actividades de manera global (por ejemplo, cuando obtienen información en tiempo real o se buscan referencias de un producto que se va a vender solo localmente con los precios mundiales o cuando se comparan desarrollos tecnológicos o científicos locales con los de otros lugares). Esta transformación social cuantitativa y cualitativa está impulsada por las necesidades económicas de acumulación capitalista —estrangulada en el modelo keynesiano—, que es la que ha extendido su dominio por el resto de sistemas sociales *contaminando* con su lógica las demás lógicas (incluidas las que pertenecen al mundo de la vida y a la manera subjetiva con que los individuos se reconocen a sí mismos). Igualmente, la transterritorialización ha sido dirigida a través de *decisiones políticas* tanto en los países del Norte —impulsores— como en los países del Sur —receptores, pero con élites globalizadas que igualmente obtenían beneficio—; y detrás de estos cambios, posibilitándolos, está un fuerte desarrollo tecnológico, en concreto en los sectores de transportes y telecomunicaciones, sin los cuales su alcance sería otro bien diferente. Por último, no puede entenderse este proceso si no se incorpora el hecho de que ha tenido lugar en un momento de hegemonía de los Estados Unidos, lo que le ha permitido influir mundialmente en todo el proceso y moldear esa estatalidad superadora del Estado nacional en virtud a los intereses de sus élites. Véase Monedero, 2009a.

4 Es Manin quien habla de “democracia de audiencia”. Véase Manin, 1998. Para una evolución de la idea de democracia, Schmidt, 1997.

El escenario de confusión hace especial referencia a la falta de criterios para analizar y confrontar la realidad social. Baste señalar que en 2009, el premio Nobel de la Paz fue otorgado al presidente norteamericano Barack Obama casi en el mismo momento en el que ordenaba incrementar el número de tropas en Afganistán y hacía una defensa pública de esa guerra. En ese mismo instante, dentro de su país chocaba contra el muro de los intereses de las corporaciones médicas a la hora de establecer públicamente un seguro universal para los 40 millones de norteamericanos que carecen de ese derecho. En definitiva, y como ha señalado Boaventura de Sousa Santos, una de las paradojas del naciente siglo XXI está en que al tiempo que se ha dado un evidente crecimiento de las democracias en el mundo, se constata igualmente un vacío en lo que concierne a la calidad de esas democracias, entendiéndola como la participación ciudadana generalizada en las ventajas de la vida social (De Sousa Santos y Avritzer, 2002)⁵.

Las elecciones legislativas en Colombia en marzo de 2010 presentaban un escenario útil para comprender esa ambigüedad entre reforzamiento nominal de la democracia y vaciamiento institucional. Varias organizaciones internacionales presentes en el proceso electoral daban cuenta de esta paradoja:

El escándalo de la parapolítica (nombre que se da a los vínculos políticos y económicos de congresistas, gobernadores y alcaldes con los jefes de los grupos paramilitares responsables de miles de asesinatos atroces), que llevó a la cárcel a 30 congresistas y que provocó el procesamiento de otros 60 legisladores, sacudió con fuerza a Colombia durante la pasada legislatura. Pese a la vergüenza nacional que en cualquier país habría provocado tener un Congreso tan indigno, la ejemplar actuación de la Justicia colombiana no sirvió para nada. Los electores no solo no han castigado a los senadores y diputados ligados a las mafias, sino que los premiaron al llevar a las Cámaras a sus parientes y testaferros. De esta manera, los escaños de los parapolíticos encarcelados o procesados los ocuparán sus familiares. Las elecciones legislativas de Colombia están bajo múltiples sospechas. La compra descarada de votos en numerosas regiones del país, la violación generalizada del secreto del voto, las presiones a los electores y el dinero de

5 Qué hace de un país una democracia es una pregunta igualmente complicada. La respuesta hegemónica para obtener el certificado de “país democrático” se basa en la existencia de elecciones multipartidistas (de ahí que el grueso de la ciencia política haya derivado hacia una suerte de *ciencia electora formal*), al margen del nivel de desigualdades, niveles de participación/abstención y formas de las mismas, violencia, compra del voto, etc. De ahí que le corresponda a una institución privada, *Freedom House*, establecer el baremo más utilizado por la corriente principal de la academia. Puede consultarse: <www.freedomhouse.org>.

origen ilícito que corrió a raudales plantean serios cuestionamientos a la limpieza del proceso. El diario bogotano *El Tiempo* denunció que al menos 35 de los 102 senadores electos el domingo tienen vínculos con condenados o con personas investigadas por tener nexos con grupos paramilitares de ultraderecha. En un análisis sobre los comicios, el periódico señala que la renovación en el Senado “quedó otra vez en veremos” porque “ni los partidos ni los electores castigaron a los herederos de la parapolítica”. En Colombia no se habla de fraude, pero las denuncias son tan serias que plantean serias dudas sobre la legitimidad de los comicios. Los representantes de la Organización de Estados Americanos (OEA) y de la Misión de Observación Electoral (MOE) que durante los últimos meses supervisaron el proceso electoral, denuncian la compra de votos “como nunca antes se había visto en Colombia”. Alejandra Barrios, directora nacional de MOE, declara a este diario que la compra de votos fue escandalosa en todo el país: “De norte a sur, de este a oeste, esta práctica fue descarada, como nunca. El dinero de las mafias corrió a raudales. Lo más grave no es que se compraran votos, sino que la gente exigiera dinero o un cargo por apoyar a tal o cual candidato; este comportamiento muestra la baja calidad de la ciudadanía”. Y otro tanto ocurre con la OEA: “Enrique Correa, jefe de la delegación de la OEA, comentó a este periódico que los observadores constataron compra de votos en seis de las más importantes regiones del país: Atlántico, Bolívar, Cundinamarca, Magdalena, Nariño y Norte de Santander. “No hubo secreto del voto en gran número de mesas, lo que constituye un aspecto crítico del proceso. En casi la mitad de los colegios no se respetó el carácter secreto del sufragio”. Correa señaló que los partidos tuvieron dificultades para disponer de supervisores en las mesas de votación, como máximo hubo testigos de los partidos en un 20% de las mesas⁶.

A todas estas situaciones ancladas en la debilidad institucional del continente latinoamericano, hay que añadir el hecho incontrovertible de la presencia constante de los Estados Unidos en la política del continente. En otros términos, es imposible entender la democracia latinoamericana al margen de la intervención política, económica o militar del poderoso vecino del norte. Si los estudios poscoloniales han demostrado la imposibilidad de entender Europa sin incorporar a América Latina, lo mismo es válido para los Estados Unidos, agravado por el hecho de la conversión de la doctrina Monroe emitida a finales del siglo XIX en una suerte de sentido común generalizado en la ciudadanía y la política norteamericana. Como se ha repetido mil veces, si Washington estornuda, el resto del continente se resfría. De ahí que la crisis económica abriera la fundada duda de en qué medida

6 Véase Ibarz, 2010.

las consecuencias de la misma iban, de nuevo, a afectar al desarrollo democrático del continente.

Sin embargo, tanto la menor repercusión de la crisis mundial en América Latina, como las mejoras tanto en el bienestar de la población como en su actitud hacia soluciones democráticas, está claramente relacionado con la existencia desde finales de los años noventa de unos gobiernos comprometidos con unos modelos de gestión política alejados de los marcados por los principios del consenso de Washington o de las propuestas de *governabilidad* de la Trilateral a mediados de los setenta. El posicionamiento de los *nuevos gobiernos* respecto de las reformas que enseñorearon al mercado, la mayor presencia del Estado, especialmente en la recuperación del control de las riquezas naturales, la posición crítica respecto de los organismos multilaterales, así como el mantenimiento equilibrado de las magnitudes macroeconómicas, permiten hablar de una nueva etapa en el continente que ha generado una nueva corriente de opinión respecto de la situación en marcha⁷.

Sabe la ciencia política que las tensiones entre actores son uno de los elementos consustanciales, junto a la trayectoria histórica (la *path dependence*), de las configuraciones de los sistemas políticos, partidistas, territoriales e, incluso, de la inserción internacional de cada país⁸. De ahí que podamos afirmar que la nueva democracia en América Latina se posiciona respecto de quienes planteen formas alternativas de organización social. Y, como se ha constatado recientemente, no existen formas alternativas que no estén refrendadas por las decisiones norteamericanas. La existencia, por un lado, de gobiernos que reclaman con vehemencia la necesidad de recuperar la soberanía nacional (y, para ello, quieren hacer valer la soberanía popular), y, por otro, de una oposición que, invariablemente, plantea algún tipo de regreso al pasado y reclama la tutela norteamericana, establece un escenario que otorga mucha información sobre los futuros desarrollos políticos de la región, donde el papel de Estados Unidos vuelve a ser de estricta relevancia

7 La crisis económica, nacida en los países ricos, ha afectado a la región principalmente en lo referente a las exportaciones (con una caída en torno al 10% en 2009), aunque no ha tenido el efecto social que tuvieron crisis anteriores. Para los efectos de la actual crisis en América Latina, con especial énfasis en las medidas anticíclicas puestas en marcha por los gobiernos de la región, puede consultarse el informe de la CEPAL, 2010.

8 Es la base de la dialéctica hegeliana; está en la idea de la lucha de clases como motor de la historia en Marx; es la base de los *cleavages* (las líneas de tensión) de Stein Rokann; y ha sido recientemente “descubierta” por los economistas norteamericanos para entender la importancia de las instituciones en el desarrollo histórico. Véase Pierson, 2000.

tras el fracaso de la aventura en Oriente medio iniciada por Georg W. Bush. La reactivación de la IV Flota (desactivada tras la Segunda Guerra Mundial al ser su objetivo los submarinos nazis en el Caribe); el aval (pese a la condena formal) del golpe militar en Honduras; el apoyo al bombardeo de un territorio extranjero por parte de otro país (Colombia sobre Ecuador); la toma militar norteamericana de Haití tras el terremoto que asoló el país en enero de 2010; los constantes señalamientos de colaboración con el terrorismo (o de tibieza con el narcotráfico) por parte del Departamento de Estado a los países que han roto con la dependencia respecto de las directrices de Washington, e, incluso, las amenazas a países subordinados como México de ser catalogados como “Estados fallidos” son todas señales de las tensiones que atraviesan el continente finalizada la primera década del siglo XXI.

La democracia en América Latina se va a definir en relación con estos parámetros. De ahí la estricta necesidad de recuperar análisis que permitan quitar los velos que una interpretación interesada ha colocado sobre un continente que ha recuperado una vitalidad negada durante dos siglos.

¿QUIÉN DICE QUÉ?: LA NECESIDAD DE DESCOLONIZAR LOS ANÁLISIS SOBRE EL ESTADO EN AMÉRICA LATINA

Hay algunos lugares casi comunes en la discusión sobre América Latina que, como se dice de las leyes, se acatan pero no se cumplen. En otras palabras, forman parte de los elementos que se enumeran con la intención de conjurar simplificaciones analíticas, pero con frecuencia quedan al margen de ese análisis supuestamente problematizador, como si las interpretaciones tradicionales impusieran su memoria hasta impedir las matizaciones a las que obligaría una mirada alternativa atenta a esas peculiaridades. Son los lugares que tienen que ver con la heterogeneidad del continente (para luego, sin embargo, sacarse conclusiones homogeneizadoras), la señalada *path dependence* (para luego ignorar el papel desempeñado por los Estados Unidos en las diferentes historias nacionales latinoamericanas, o por la desigual inserción de cada país en el capitalismo global), las diferencias en cuanto renta *per cápita* (para luego ignorar las políticas públicas que crean compensaciones en especie u otros tipos de mediciones), las desigualdades sociales (para luego desproblematizar el papel de las mayorías o minorías indígenas o la importancia de lo que se puede llamar, siguiendo a Frei Betto, *pobretariado*) o la mayor debilidad o fortaleza del entramado institucional y del sistema de partidos (para luego dejar de lado el hecho de que la democracia representativa vino en el continente a legitimar situaciones de exclusión que afectaban, en muchos de esos países, a uno de cada dos ciudadanos).

El resultado final que ofrecen esos análisis suele venir de la mano de forzadas categorías que pretenden medir la calidad de la democracia, signadas por categorías occidentales que se aplican con dureza al continente americano y con mayor flexibilidad a los países europeos, con conclusiones asentadas en análisis de élites y no en estudios que den cuenta de las actitudes reales de las poblaciones respecto de los gobernantes (lo que obligaría a formas de sociología política cualitativa) y que dejan ver un *Erkenntnisinteresse* (un interés previo respecto de aquello que se quiere conocer) guiado por el modelo tradicional de partidos y la estructura clásica del parlamentarismo liberal que incluso deja de lado el hecho de que vivimos en lo que, como veíamos, Manin ha llamado *democracias de audiencia*. De hecho, lo que no terminan de entender esos análisis es que el papel de la ciudadanía referenciada como *pueblo* (a la búsqueda de nuevas identidades y comportamientos políticos, politizado por tanto, y sujeto de formas renovadas de acción colectiva), ha trastocado buena parte de ese marco. Conjurar esas limitaciones con apelaciones al *populismo* no ilumina los ángulos que surgen de la quiebra del antiguo marco. Y aún menos si asumimos que lo que se quiere descalificar con esa nominación —populismo— no es sino un momento clave del proceso de politización de una comunidad en donde se había roto el principio básico de homogeneidad social que permite su discurrir pacífico y ético⁹.

No mejoró la comprensión con la extensión de la marea de fuerzas políticas de izquierda que tumbaban gobiernos, que juzgaban como criminales a las administraciones anteriores, paralizaban países desde un discurso de izquierda, reclamaban soberanía y dignidad nacional, ocupaban palacios presidenciales, ahora por las urnas, y reclamaban nuevas categorías de entender y hacer América Latina. Durante décadas, ese *latinoamericanismo* fue complaciente con lo que pasaba al Sur del Río Grande. Lo mismo que denunció Edward Said con el *orientalismo*, cliché al servicio de formas coloniales o poscoloniales, es válido para el *latinoamericanismo*, que sentaba las bases para unas relaciones políticas signadas por la subordinación política, económica e intelectual (con el ejemplo evidente del diseño y contenido de Cumbres, celebraciones, seminarios y encuentros, pero también en las reuniones de la OMC, los intentos de aprobar Tratados de Libre Comercio o acuerdos comerciales claramente ventajosos para los países desarrollados) (Said, 1990)¹⁰. Cuando llegaron los cambios, no es extraño encontrar en esas interpretaciones argumentos para justificar

9 Un ejemplo del uso descalificador del “populismo”, en Alcántara, 2009. Para la interpretación contraria, siguiendo la estela de Laclau, véase Panizza, 2009.

10 Véase igualmente Prada, 2010.

su silencio o su deficiente capacidad de predicción. Lo planteado por Fernando Coronil para Venezuela es válido para todo el continente. La historia de los países latinoamericanos es un laberinto que “transcurre en el seno de un laberinto mayor” que produce, por el metabolismo propio del sistema capitalista, “centros y periferias en íntima relación, y no como un sistema autogenerado que se expande desde regiones modernas y activas, y engulle sociedades tradicionales y pasivas”¹¹.

Una parte sustancial de las explicaciones dan cuenta del neoliberalismo como si de un fenómeno meteorológico —por tanto natural— fuera. Documentos desclasificados demostraban la injerencia, aún en 2001 y 2002, de los EEUU en Bolivia con el fin de “debilitar la base política” de Evo Morales. No es válido sin más, como plantea Paramio, que “los paradigmas de políticas siguen un curso similar a los paradigmas científicos”, que solo se abandonan “cuando este marco les crea crecientes anomalías para entender la realidad, momento en el que, a partir de ideas antes marginales, se articula un nuevo paradigma. Este sería el caso de la recuperación de las ideas de Hayek y de Milton Friedman” (Paramio, 2008: 33). El neoliberalismo no fue simplemente una sustitución bienintencionada de una paradigma quebrado —el keynesianismo—, sino un intento de reconstruir la tasa de ganancia al precio de superar el marco regulador de los Estados nacionales, de cargar sobre amplios sectores de la población el ajuste económico y de construir un modelo de desarrollo desigual que terminaría por crear las mayores diferencias de renta en la historia de la humanidad conocidas¹². La escasa base fiscal de las haciendas latinoamericanas reforzaba su comportamiento nada virtuoso con los principales mitos del mensaje neoliberal: primar el crecimiento frente a la redistribución; reducción de los impuestos, especialmente a las rentas más altas; recortes salariales; facilitación de los despidos; venta de los activos públicos y privatización de sectores estratégicos; apertura de fronteras; etc. No es una casualidad que se dé una correlación cuasi perfecta entre las variaciones anuales del Producto Interno Bruto y del Gasto social total, pues la estrategia neoliberal consiste precisamente en eso, difiriendo para el futuro el hecho de que el sistema funciona con recurrentes crisis y que, por tanto, los pequeños ajustes no son sino preparaciones para un ajuste mayor como el que empezó a vivirse a finales de 2008. El modelo parlamentario liberal, que primaba el mo-

11 Coronil prefiere hablar de *occidentalismo*. Véase Coronil, 2002, especialmente el capítulo “El Estado mágico y el occidentalismo”. La idea de un centro y una periferia capitalistas está ya en Gramsci, pero sería Wallerstein quien la popularizara.

12 Para los efectos de las terapias de choque como forma de ajuste en América Latina, véase Hubert y Solt, 2004.

mento electoral sobre el momento emancipador participativo, fue utilizado para esa recuperación de la tasa de ganancia, de manera que la fragmentación social y la pérdida de homogeneidad de las sociedades latinoamericanas terminarían trasladando su propósito a referencias políticas que, necesariamente, tenían que estar en los márgenes de aquellos que habían situado a dos tercios de la población en situación de emergencia, además de devastar buena parte del planeta (Jessop, 2008)¹³. Si las elecciones han sido el momento de concretar la *autorización* a través de la representación, ese entramado se disolvía, hasta el punto de que, como demostraría los casos de Bolivia o de Argentina, ganar unas elecciones ya no supone sin más una garantía para ejercer la tarea de gobierno.

Esa ciencia social lastrada importó puntualmente cada uno de los conceptos con los que se pretendió frenar el pensamiento alternativo. El *latinoamericanismo* encontró nuevas formas bajo los paradigmas de la modernización, luego la transición y consolidación a la democracia, más tarde la gobernabilidad, luego la gobernanza, mientras tanto las teorías gerencialistas, la conceptualización del ciudadano como *cliente*, para cerrar con la asunción de la *globalización* como un concepto neutro y científico. Finalmente, y de manera más claramente beligerante, prefirió readaptar conceptos viejos —con el de *populismo* como buque insignia— para intentar reconstruir una *explicación* a la que le interesaba principalmente dejar fuera de juego la vertiente conflictual de lo político y seguir primando la veta *institucional-funcional integrada*. El *populismo* no fue utilizado para explicar las nuevas *mediocracias*, tales como las que desarrollaron Collor de Melo, Menem o Fujimori, sino que empezaría a ser un concepto en uso con la victoria de gobiernos con un claro mensaje de cambio y alternativa al modelo neoliberal.

La evidente crisis social del *Consenso de Washington* evidenció, además de los problemas de autorización política y del *asalto al Estado* de gobiernos contrarios al paradigma neoliberal, impulsados por amplios movimientos populares ajenos a los partidos tradicionales, la aparición de respuestas que reclamaban un Estado *neoweberiano* que enfrentara una renovada responsabilidad con el fin de frenar el barrido del viejo esquema. Es aquí donde se explica el informe del Banco Mundial de 1997 sobre “El Estado en un mundo en transformación”, la conferencia del Fondo Monetario Internacional de 1999 sobre las “reformas de segunda generación” y el estudio del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo dirigido por O’Donnell y publicado

13 Véase igualmente Milanovic, 2006.

en 2004 *“El Estado de la Democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos”* (Monedero, Jerez, Ramos y Fernández, 2009).

La década de los noventa, como venimos señalando, abrió el paso a otras realidades que no podían explicarse con las categorías al uso. El caso del zapatismo fue el más emblemático, especialmente cuando, en un giro sorprendente, cambiaron la estrategia guerrillera tradicional por el uso de rifles de madera y frases llenas de adjetivos sonoros. Su irrupción en el escenario mexicano, coincidiendo con la entrada en vigor del Acuerdo de Libre Comercio entre los Estados Unidos, Canadá y México en enero de 1994, creaba un conflicto que ya no podía explicarse con las estrictas categorías de la guerra fría. Aunque solo fuera porque el sujeto principal de la transformación eran los indígenas, algo bien lejos de las teorías sociales sobre el cambio y la transformación política radical. La “utopía desarmada” de Jorge Castañeda, la versión mexicana del “fin de la historia” de Francis Fukuyama publicada unos meses antes, se vaciaba de pronto por culpa de un imaginario social de opresión que terminaría cautivando, en la figura del escarabajo rebelde “Durito”, incluso al desesperanzado Octavio Paz.

Entre tanto, la caída del Muro de Berlín en 1989 había señalado el fin de una época, seguida por la disolución de la Unión Soviética dos años después y el estrepitoso derrumbe del discurso de la izquierda. En ese escenario histórico, la mirada eurocéntrica sobre la izquierda perdía mucho de su validez y se convertía en *obscena*, pues el fin del *socialismo realmente existente* y el abandono europeo de la crítica al capitalismo coincidían con el Caracazo, la respuesta espontánea y ajena a cualquier teoría que enfrentó en las calles de Venezuela las medidas neoliberales de Carlos Andrés Pérez. Más adelante, el declinar de las diferentes Internacionales izquierdistas se veía contrastado por la emergencia del Foro Social Mundial (cuya primera convocatoria en Porto Alegre tuvo lugar en enero de 2001, convocado por ATTAC y el PT brasileño). Allí donde en las filas de la izquierda una diferente interpretación creaba una fracción enemiga de su formación originaria, ahora lo relevante era lo que se compartía. Como dice Boaventura de Sousa Santos, tuvo que caerse la Unión Soviética para que el capitalismo se hiciera marxista —para que dejara de ser social y organizado—, y tuvieron que caerse las Internacionales comunistas para que surgiera esa nueva izquierda que representa el Foro Social Mundial nacido en Porto Alegre en 2000 como foro alternativo al encuentro económico de la globalización de Davos.

Un elemento común de toda la nueva izquierda latinoamericana tiene que ver con la resurrección de los liderazgos populares, descalificados desde la *vecchia* académica y los monopolios mediáticos, según

decíamos, como *populismo*. En países devastados económicamente por el vendaval neoliberal, con las estructuras administrativas, laborales, sindicales, ciudadanas y partidistas desestructuradas, con un historial de ineficiencia ligado al uso patrimonial del Estado como “consejo de administración de los intereses globales de la burguesía”, con escasa autoestima nacional, la única posibilidad de pagar la deuda social acumulada pasaba por la identificación recia con un líder que prestara el cemento social ausente. Y aún más cuando la vía para dirigir los cambios es la electoral. Liderazgos capaces de unificar, con la fuerza de la esperanza, la tradicional desunión de la izquierda, de superar la hegemonía mediática neoliberal y la consiguiente debilidad del voto popular ante el acarreo, de vencer con argumentos la compra de voluntades y el clientelismo de los partidos tradicionales. Es indudable que la subida de los precios de los hidrocarburos ha ayudado a la consolidación de este proceso, pero sería un reduccionismo querer insistir en este factor sin considerar el agotamiento anterior del modelo. Baste considerar que hay países en los cuales el petróleo también desempeña una importante función (México) en donde los cambios no han tenido lugar.

En el mismo sendero de la manipulación está la diferenciación popularizada por un conocido escritor peruano entre una izquierda *vegetariana* —la que no cuestiona el sistema— y la izquierda *carnívora* —la que ha tocado estructuras de poder—, pretendiendo fragmentar el viento compartido de cambio en el continente. Esta diferencia la inició Jorge Castañeda en su libro *La utopía desarmada* y la continuó el que fuera jefe de campaña de Manuel Rosales en las elecciones venezolanas de 2006, Teodoro Pettkoff, y forma un intento recurrente de demonizar a los que caen en el lado malditizado¹⁴. Una Europa en donde las fuerzas transformadoras sufren una de sus más profundas crisis, necesita diferenciar entre una “izquierda buena” y una “izquierda mala”, con el fin de debilitar la acción común y la integración regional (en buena medida impulsada por la “izquierda mala” como forma de defenderse de la globalización neoliberal) y, sobre todo, para

14 A finales de mayo de 2009, tuvo lugar en Caracas, organizado por el CEDICE, un *think tank* neoliberal, un encuentro donde se reunió buena parte de la derecha radical latinoamericana (ex miembros de gobiernos de dictaduras o con acusaciones de genocidio como el Chile de Pinochet, la Bolivia de Banzer, El Salvador de Arena o el breve gobierno del golpista Carmona Estanga en Venezuela), arropados por figuras de calado intelectual como Mario Vargas Llosa o Enrique Krauze. Uno de los elementos centrales de ese foro consistió precisamente en diferenciar, una vez más, entre Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua por un lado, y Chile y Brasil por otro. Como ejemplo conspicuo de esta articulación, véase Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, 1996. Igualmente Pettkoff, 2005.

recuperar la influencia perdida por las tradicionales organizaciones vinculadas a la Internacional Socialista o la cambiante Internacional demócrata, centrista o liberal. Disparidad que está a la altura de esa diferenciación académica entre *revoluciones de colores* y *problemas de ingobernabilidad* o de *reclamaciones de autonomía* o *exigencias de respeto a las fronteras dadas*, dependiendo el uso de unos u otros de si las protestas provienen de los sectores de clase media y alta o de sectores populares, de si se trata de conflictos con corbata y traje o reclamaciones con poncho, chompa o franelas¹⁵.

Esta estrategia de división, enmascarada como protesta civil “de colores” y que tuvo su principal laboratorio en Yugoslavia (con el hito de la independencia de Kosovo), va a convertirse en una de las principales armas de los opositores a la nueva izquierda latinoamericana en el poder. Es la estrategia que se intentó articular con la propuesta secesionista del Zulia en Venezuela, de la media luna, dirigida por Santa Cruz, en Bolivia, de Guayaquil en Ecuador. Territorios todos, además, muy ricos en materias primas y con una estratégica ubicación geopolítica y económica. No debiera, pues, llamar la atención que para la embajada norteamericana en la Bolivia atravesada de tensiones secesionistas fuera nombrado Philip Goldberg, quien estuvo al cargo de la misión estadounidense en Kosovo durante la disgregación de Bosnia y Serbia. El pensamiento crítico, que renunció a las teorías conspirativas por simplistas, perezosas y poco elegantes, necesita recuperar el trigo que arrojó con la paja cuando depuró esos análisis. Lo mismo debe decirse de los tanques de pensamiento neoconservadores, que llevan tres décadas diseñando la criminalización de la izquierda, y la difusión del capitalismo global y de su justificación. Tiempo es de interpretar integralmente el siglo XXI que avanza en-

15 De manera analítica, Moreira, Raus y Gómez Leyton han diferenciado entre gobiernos *gradualistas* y gobiernos *populista-rupturistas* (con el caso híbrido de Argentina). Por su parte, Reynoso, en el mismo trabajo, diferencia entre *institucionalistas* y *decisionistas*. Los *gobiernos de izquierda racional y gradualista* se caracterizarían por los siguientes rasgos: un mayor respeto a los límites estructurales del mercado; defensa del concepto de ciudadano, institucionalización partidista, mayor estabilidad electoral e institucional, y proclividad a la búsqueda de consensos. Pertenecerían a esta categoría Chile, Brasil y Uruguay. Las tendencias populistas y rupturistas estarían, por su parte, caracterizados por una mayor movilización popular (señal también de una mayor respuesta opositora), la utilización del concepto de pueblo frente al de ciudadanía (por sus rasgos movilizadores), la alta fragmentación del sistema de partidos, una mayor inestabilidad y debilidad institucional, una mayor concentración de la autoridad (con el riesgo claro de tendencias caudillistas), una falta de diálogo con la oposición (que se explicaría por el carácter involucionista de la misma), y una apuesta clara por la integración latinoamericana y el señalamiento a los Estados Unidos como el polo *enemigo* respecto del cual armar la propia estrategia. Este grupo lo componían Venezuela, Bolivia y Ecuador. Véase Moreira, Raus y Gómez Leyton, 2008.

tendiendo que a una nueva izquierda latinoamericana le corresponde necesariamente una nueva *anti-izquierda* que será global como los intereses que defiende¹⁶.

El papel desempeñado por la República Bolivariana de Venezuela reclama una atención especial. Pese a los intentos para crear una matriz de opinión que diferencia entre una izquierda *buen*a y otra *mala*, la influencia del presidente Hugo Chávez sobre todo el espectro alternativo latinoamericano, desde la socialdemocracia al comunismo, desde el indigenismo al nacionalismo, desde el bolivarianismo al marxismo, es un hecho difícilmente cuestionable, reforzado si cabe con la reelección en diciembre de 2006 con una participación del 73% y el 63% de los votos, 25 puntos por encima de una oposición que, por vez primera en el último lustro aceptó un resultado electoral que le era adverso¹⁷.

El principal problema de la ciencia política, el de la obediencia, tiene detrás el requisito previo de la homogeneidad social. Detrás del interés general, del cuidado de la sociedad como un todo está el hecho de que toda agrupación humana que no descansa sobre algún valor compartido estará o bien organizada sobre la base del uso extremo de la fuerza, o bien sometida a fuertes tensiones centrífugas que la amenazarán como colectivo. En una mirada histórica que se remonta a varios siglos, vemos que este valor homogéneo ha obtenido diferentes respuestas repetidas: raza, religión, procedimientos, liderazgo, propiedad pública de los medios de producción, inclusión social... En contextos de desestructuración social como los que ha creado el neoliberalismo, con la enorme fragmentación construida,

16 La estrategia encaminada a construir un nuevo sentido común conservador, impulsado desde los Estados Unidos, la estudia George Lakoff en *No pienses en un elefante* (2007), resaltando el papel del juez Powell (autor del memorándum Powell) y el apoyo de la administración Nixon.

17 La imagen e influencia de Chávez ha sido sujeto de múltiples encuestas más o menos sofisticadas. El Latinobarómetro de 2005 se vio obligado a incorporar la valoración de líderes, donde, desde entonces, Chávez siempre es el más controvertido (con grandes apoyos y grandes rechazos) Por su parte, la revista *Nueva Sociedad*, auspiciada por la Fundación socialdemócrata alemana Friedrich Ebert, titulaba su número de septiembre-octubre de 2006 "América Latina en tiempos de Chávez". La revista *Time* organizó en diciembre de 2006 una encuesta a través de la red para nombrar Personaje del año. Cuando Chávez se acercaba al 40% de las preferencias, la revista suspendió la votación y concedió el *galardón* finalmente a los cibernautas. El encuentro en abril de 2009 entre Barack Obama y Hugo Chávez con motivo de la V Cumbre de las Américas, en Trinidad y Tobago fue quizá el punto álgido de esa presencia internacional. El saludo entre ambos presidentes fue portada mundial, y el libro con el que el venezolano obsequió al norteamericano, *Las venas abiertas en América Latina*, del uruguayo Eduardo Galeano, alcanzó los primeros puestos en la librería electrónica Amazon.com.

con la emergencia de identidades antaño ocultas, con las enormes desigualdades sociales, con la falta de protocolos institucionalizados de comportamiento público virtuoso, el abanico de soluciones se multiplica y complejiza.

¿Es el actual momento latinoamericano el de una recuperación de liderazgos populares fuertes? ¿Se trata de una reedición de formas caudillistas sobre la base de políticas clientelares o estamos ante un nuevo tipo de contrato social? ¿Es la rearticulación de nuevas formas sociopolíticas la solución a los problemas de representación en América Latina? ¿Puede nacer así una alternativa que concilie democracia directa y democracia representativa? ¿Hay una síntesis posible entre los partidos políticos y los movimientos sociales? ¿No hay, en cualquier caso, detrás de las transformaciones en América Latina un impulso electoral que las diferencia radicalmente de los intentos emancipadores que tuvieron lugar durante la guerra fría¹⁸?

A VUELTAS CON EL SUJETO POLÍTICO: LA PLURALIDAD COMO NORMA

En política cualquier orden siempre se construye contra sus alternativas (sus *enemigos*). Esto es válido para el nacimiento de los Estados, para la creación de los sistemas de partidos, de un tipo u otro de sociedad civil o para la inclinación ideológica de un régimen¹⁹. Por eso, un mismo camino, el de la emancipación, no tiene necesariamente que discurrir por los mismos senderos. Fue el error del modelo modernizador en los sesenta; es la falacia que hay detrás del mecanicismo de las etapas del crecimiento; es, como ha reconocido Joseph Stiglitz, el catecismo omnímodo, invasivo y violentador de los planes de ajuste en los ochentas y noventas impulsados por el FMI y el Banco Mundial y aplicados por doquier. Y también fue el error de una izquierda que desconoció las diferentes historias, composiciones sociales y valores de las diferentes poblaciones a las que quiso aplicar un modelo re-

18 Repárese en que estas preguntas difieren tanto en énfasis como en contenido de las que han protagonizado la tarea de la ciencia social en los últimos decenios: presidencialismo vs. parlamentarismo; unicameralismo vs. bicameralismo; introducción del *ballotage*; ingenierías electorales —umbrales, *gerrymandering*, voto preferencial, una o dos vueltas, etc.—. financiación de los partidos; cuantitativización del análisis político, etcétera.

19 Es la base de la explicación de lo político en Carl Schmitt, pero también es el criterio seguido por Stein Rokkan en su desarrollo de los *cleavages*, de Michael Mann para dar cuenta de las fuentes del poder social, de Charles Tilly para explicar los orígenes de la formación estatal o, en términos de escuela, del marxismo que recuerda que cada modo de producción crea su “propio sepulturero”. Es una simplificación presentar la confrontación “amigo/enemigo” como una desinencia del nazismo de Schmitt. Me he ocupado de esto en Monedero, 2009b.

petido. En las interminables discusiones de la sociología histórica se ha argumentado cómo diferentes sociedades civiles, propiedades de la tierra, pervivencias de la influencia de la iglesia, proporciones de campesinado y de proletarios, articulación clientelar, influencia externa, consolidación de organizaciones obreras, entre otras variables, donde también tiene su responsabilidad el azar, condicionan una u otra respuesta popular al uso oligárquico del poder estatal. Es una tentación demasiado sencilla el intentar leer los procesos en América Latina desde la conformación política del Norte, agregándose como argumento determinante un *buenismo* eurocéntrico según el cual que lo que ha sido “positivo” para el Norte ha de serlo para los procesos políticos del Sur. El elemento determinante para entender cualquier configuración política hay que buscarlo tanto en los recursos propios como en las características de aquello frente a lo que se construye. Traslaciones simplistas solo funcionan como argumentos legitimadores de propuestas construidas a priori. Y opera de la misma manera en la dirección contraria. Hablando de América Latina, y antes de que la crisis económica hiciera de esos comportamientos el lugar común de las políticas económicas europeas y norteamericanas, podía leerse:

Todos estos gobiernos (Venezuela, Argentina, Bolivia y Ecuador) han demostrado hasta ahora una marcada preocupación por la estabilidad monetaria, que no permite encasillarlos en lo que Dornbusch y Edwards llamaron “populismo macroeconómico”. Uno de los principios fundamentales del Consenso de Washington, la estabilidad macroeconómica y monetaria, parece haberse incorporado, por tanto, al sentido común y a la práctica de los gobiernos que más critican el neoliberalismo de los años noventa. (Paramio, 2009: 28-29)

Otro tanto ocurre cuando se quieren trasladar a comienzos del siglo XXI nociones que nacieron para explicar sucesos de los años setenta. Allí donde el *populismo* quería explicarse sobre la base de la existencia de líderes carismáticos y omnipotentes, una orientación nacionalista que identificaba pueblo y Estado y una propuesta igualitaria de redistribución de la renta, hoy hay que entender que la participación popular, en una miríada de formas no reducibles ni a partidos ni a movimientos ni a agrupaciones ni a asociaciones, se ha incorporado de manera determinante en la reconfiguración política del nuevo siglo. La política de *tierra quemada* en la que desembocó el neoliberalismo generó anticuerpos sociales integrales, de manera que las respuestas lo son en todos los ámbitos de lo social (económico, político, normativo e identitario y cultural). La principal característica de los cambios políticos en América Latina tiene que ver con esa renovada participación. Si el neoliberalismo construyó intencionalmente, siguiendo las catego-

rías de Hirschmann (1981), “*salida*” del sistema, la ciudadanía ha regresado ejerciendo la “*voz*” y *saliéndose de la salida*, es decir, entrando desde ese *afuera* al que la había expulsado la utopía neoliberal. De ahí que la variable independiente que tiene que ser analizada en los nuevos procesos tenga que ser la participación. De ahí la sutileza que es menester ante cualquier simplificación que pueda ahogar la misma²⁰.

América Latina se ha caracterizado por unas élites con la capacidad de formar parte de esa minoría transnacionalizada al tiempo que sus países caían en problemas crecientes de gobierno. El único éxito logrado por el neoliberalismo ha sido, y no en todos los casos, la reducción de la inflación. Los *fondomonetaristas* y *bancomundialistas* más ortodoxos siempre han estado en los equipos económicos de las naciones suramericanas, responsables de convertir las economías en modelos exportadores, aunque se descuidase la alimentación del pueblo; de fomentar la apertura de fronteras, lo que ha implicado la desestructuración de los mercados internos; de vender la propiedad pública, forma indirecta de regalar a grupos privados las riquezas nacionales; y de impulsar la firma de Tratados de Libre Comercio que entregan los países a las grandes corporaciones transnacionales. Es por esto que a América Latina le ha costado tanto mirarse a sí misma, encontrarse a sí misma, cuidarse a sí misma. Sin estos elementos es imposible entender el nuevo espacio que ocupan los gobiernos de cambio latinoamericanos²¹.

20 En toda novedad siempre hay retornos de cosas pasadas. Sin embargo, si bien es cierto que los años ochenta visualizaron una presencia de movimientos sociales a los que se adjetivaron como “nuevos” —que en análisis optimistas como los de Alain Touraine se entendió como el advenimiento de un nuevo tipo de democracia—, los cambios cualitativos de todo tipo no permiten fáciles comparaciones que quieran zanjar la discusión afirmando que “no hay nada nuevo bajo el sol”. El MAS en Venezuela, el PT brasileño, el PRD mexicano, el sandinismo nicaragüense, la izquierda Unida de Perú fueron todas agrupaciones políticas que reclamaban una presencia firme y oída de los movimientos sociales. El Foro Social Mundial, en marcha desde el año 2000, ha supuesto una revitalización y replanteamiento de estos intentos.

21 El modelo neoliberal es un nuevo contrato social que nació para enfrentar con los argumentos liberales no el feudalismo sino la extensión de los Estados sociales. A partir de los setenta, este modelo, ampliamente generalizado, se ha nutrido esencialmente de la *falta de alternativas* que él mismo construye. De ahí que su principal éxito sea el discursivo. Su práctica ha dependido de los mimbres sociales y políticos existentes para frenar su aplicación. Este freno, mientras tuvo su mayor éxito en Europa y Asia, experimentó un rotundo fracaso en América Latina y África. Por eso los efectos han sido allí más devastadores. La política neoliberal salió de estación en los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial como forma de oposición al keynesianismo laborista inglés. Su principal teórico, el austriaco Friedrich Hayek, publicaba en 1944 *Camino de servidumbre*, poniendo en el mismo platillo de la balanza al fascismo hitleriano y a lo que se presentaba como *liberticidio* laborista perpetrado desde un Es-

Salvo excepciones en algunos países y en algunos momentos, el continente latinoamericano no ha sido dueño de sus decisiones. Valga decir que la soberanía nacional es más un mito que una realidad. Ni siquiera en los países supuestamente poderosos se somete a las elecciones otra cosa que lo adjetivo²². Ningún país ha presentado como opción la democratización radical de sus cuerpos de seguridad, las grandes riquezas, las empresas de medios de comunicación de masas, la iglesia o los organismos internacionales. Pero conforme se viaja del centro a la periferia el problema se agrava. En América Latina, la democracia no ha sido garantía ni de derechos civiles ni de derechos sociales. Cuando América Latina recuperó el pulso de las democracias formales en los años ochenta, este cambio coincidió con la hegemonía neoliberal. El derecho al voto venía acompañado, una vez más, con el derecho al hambre, al desempleo, a la enfermedad y a la miseria.

tado intervencionista. Sin embargo, no sería hasta 1973 que encontraría una versión práctica tras el golpe de Estado en Chile contra Salvador Allende dirigido por Augusto Pinochet y auspiciado por los Estados Unidos. Posteriormente, el neoliberalismo sería exportado al mundo desde la experiencia thatcheriana a partir de 1979 (servido espiritualmente por el anticomunismo de Juan Pablo II). El programa neoliberal buscaba principalmente cinco objetivos: equilibrar las cifras macroeconómicas, especialmente a través del control de los precios (y una vez señaladas las variables monetarias como las realmente relevantes); aumentar las ganancias empresariales —bajo el presupuesto de que la “tarta” debía primero crecer para después poder repartirse—; incrementar inicialmente el desempleo —con el fin de lograr una “tasa natural” de paro que debilitase a los sindicatos y forzase a la baja a los salarios—; crear una estructura social desigual que incentivase el esfuerzo y el aumento de la productividad; integrar a las fracciones de clase globales en el modelo mundial de acumulación, utilizando para ello, cuando fuera menester, la guerra o los preparativos para la misma. Las propuestas del llamado *Consenso de Washington* —privatizaciones, liberalización fiscal, apertura de fronteras, reducción del gasto social, desregulación laboral y garantías de la propiedad privada— precisaban de una mutación del Estado que dejase todo el espacio libre posible tanto a un mercado crecientemente inmanejable como a las empresas. Esta transformación estatal es lo que en ocasiones se ha identificado como *crisis del Estado nación* —a menudo naturalizada como devenir necesario por el desarrollo tecnológico propio de la *globalización*— pero que, en realidad, es más correcto entenderlo como la rearticulación del sistema de dominación a la nueva forma global de acumulación. Ésta iba a asentarse en la especulación financiera y no en la inversión productiva. Mientras que el Estado mantenía la responsabilidad de garantizar la propiedad privada y el orden social nacionales, crecía un complejo Estado transnacional que respondía a las necesidades de una economía que ya no atendía a los patrones propios de los siglos anteriores. Los cambios en el patrón de acumulación explican que los resultados, lejos de los inicialmente planteados —salvo en el caso de la hiperinflación—, no fueran sino el aumento tanto de la pobreza como de las desigualdades sociales y la consiguiente fragmentación e incremento de la violencia social. Puede consultarse Monedero, 2009a.

22 Hubo que esperar a junio de 2009 para que la OEA revocara el acuerdo, impuesto por los Estados Unidos, que expulsaba de la organización a Cuba al abrazar los principios del marxismo-leninismo.

Y una vez más, el compromiso político de la población se distanciaba del modelo liberal burgués. La ciencia política del Norte empezó a definir esa desafección. Es ahí donde se reelabora el concepto de *caudillismo*, de *populismo*, se adjetiva el *indigenismo* como *radical*, o se generaliza desde los organismos internacionales, como meta política, la búsqueda de *governabilidad*, un concepto que solo se puede aplicar cuando hay pueblo en la calle pero no cuando, por ejemplo, el 50% del pueblo está en el nivel de la pobreza, pero no ejerce ninguna forma de acción colectiva.

LOS PARTIDOS Y LA DEMOCRACIA LIBERAL: LA EMANCIPACIÓN DEMEDIADA

Los partidos, como parte de la sociedad y gestores del Estado, son un reflejo tanto de los conflictos sociales como de esa estructura institucional en la que se incardinan. No puede ser igual un sistema de partidos en Estados que manejan la mitad de la riqueza de un país que otros en donde apenas se gestiona un 20% de la misma. No puede ser igual un sistema de partidos que asume la responsabilidad de la reproducción social que otro que asume su impotencia frente a los mercados financieros internacionales. La lectura social de los partidos políticos no puede ser la misma allí donde funciona algún tipo efectivo de rendición de cuentas que revierte en formas más equilibradas de la renta que en otro lugar donde el entramado político no es sino una red de intereses clientelares. No es el mismo Estado el que se precisa para garantizar la acumulación económica de las élites que un Estado que se dispone a pagar la deuda social acumulada de un país. Sin embargo, no solo en América Latina, sino también en Europa, existe una creciente distancia entre los parlamentos, los partidos políticos y la ciudadanía. Tanto en un lugar como en otro esa descomposición se solventa bien con un creciente abstencionismo y desafección política, bien con el nacimiento de liderazgos fuertes capaces de frenar las tendencias centrífugas gracias a una confianza personal que acerca las democracias a formas plebiscitarias. El alejamiento de los lugares tradicionales de la democracia es constante en prácticamente todos los países, salvo aquellos que mantienen Estados sociales efectivos o se han enfrentado a elecciones con un alto grado de politización al concurrir circunstancias especiales (existencia de un candidato *fuera del sistema* o que supone una amenaza a un amplio sector de la población, o en caso de que la polarización esté dirigida más para evitar que salga un candidato que para apoyar a otro)²³.

23 Las democracias de partidos vienen siendo catalogadas como *plebiscitarias* desde los años treinta del siglo pasado. La importancia de los liderazgos y la intrascenden-

Algunos ejemplos ilustran esta novedad. El 70% puede declararse en Venezuela “contento con su democracia”, pero no acudir a votar a sus diputados y diputadas en la Asamblea Nacional. Más del 90% del Parlamento francés puede votar a favor de la Constitución Europea, pero si se somete a referéndum es derrotada por la votación popular. Líderes que se entienden como “ajenos al sistema”, ganan elecciones con gran apoyo popular al margen de los partidos tradicionales e, incluso, al margen de un partido consolidado. O, regresando de nuevo a una democracia consolidada, tras las elecciones francesas de mayo de 2007, por vez primera se recibió al ganador con manifestaciones callejeras, quema de coches y enfrentamientos con la policía. Mientras que en el siglo pasado los conflictos sociales se canalizaron a través de los Parlamentos y del juego electoral, el siglo XXI está reclamando otras formas de participación política. Como sostiene Rigoberto Lanz, la posmodernidad está llamando a la puerta también en el caso de los partidos políticos. Hay bastantes probabilidades de que América Latina pase del siglo XIX al siglo XXI sin haber nunca consolidado el modelo parlamentario y partidista propio del campo occidental durante el siglo XX. En expresión de Ernesto Laclau:

Las consecuencias de esta doble crisis (militarismo y economía neoliberal) son claras: una crisis de las instituciones como canales de vehiculización de las demandas sociales, y una proliferación de estas últimas en movimientos horizontales de protesta que no se integraban verticalmente al sistema político. (Laclau, 2006)

Pero esto es solo un síntoma de una función rota, no de una solución alternativa. Como se vio en Argentina, el *que se vayan todos* no significa sino que vuelvan los que sean capaces de estructurar una respuesta (donde “los de siempre” tienen más facilidades para gestionar el poder político concreto, esto es, el Estado). Atendiendo a su trayectoria anterior, podemos afirmar que solo debido al desarrollo concreto de las luchas sociales se sensibilizó el gobierno de Kirchner con las demandas sociales tanto en lo económico como en lo que atañe a los derechos humanos. La confusión propia de la crisis de paradigma actual,

cia de los militantes ya estaba apuntada en el trabajo señalado de Robert Michels. La entrada de los medios de comunicación en las campañas, hasta hacerse el factor esencial, completan ese viaje. Calificar ahora de *plebiscitarias* a las democracias, aun siendo cierto, ocultan que esa tendencia estaba inscrita en el modelo liberal. La diferencia ahora, la hace a quién se apoya desde los diferentes *establishments*. Como dijo Roosevelt de Somoza, “es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”, o, en palabras más amables de Laclau, “es característico de todos nuestros reaccionarios, de izquierda o de derecha, que denuncien la dictadura en Mario pero la defiendan en Sila”. Véase Laclau, 2006.

de este momento de indefinición entre el pasado y el futuro, lleva a un momento de *ensayo y error* que tiene la virtud de abrir nuevas vías pero también el riesgo de cometer errores —alejamientos de la meta trazada— difícilmente reparables.

No es gratuito que los cambios políticos profundos que están afectando a América Latina se inicien en esta nueva fase con cambios constitucionales. El yermo que ha dejado el neoliberalismo en el continente reclama cambios a la altura de lo deshecho. La alternativa tiene que ser, pues, constituyente. Los cambios, como venimos defendiendo, no son simplemente económicos. Hay una respuesta integral, *holística*, que quiere recrear la vida social desde parámetros diferentes en lo económico, en lo cultural, en lo político y en lo normativo. No se trata de poner parches a los rotos neoliberales. Es momento —basta ver los contenidos de las alternativas— de reinventar otra economía, otra articulación política, recuperar y reinventar los lazos culturales y las identidades, así como replantear las obligaciones normativas. Es por esto que los indicadores tradicionales nunca van a poder medir ni dar cuenta de las nuevas transformaciones. La reconstrucción democrática va a necesitar una reconstrucción de los indicadores sociales (El Troudi y Monedero, 2006).

Las instituciones, como ya hemos señalado, son trasuntos de los pueblos en donde se desarrollan. La falta de consonancia entre gobierno y pueblo termina siempre en alguna forma de ajuste donde ambos se reencuentran. Los Estados tienen vocación de permanencia y por ello necesitan legitimarse. Una parte puede entregarse a la violencia y otra parte a la rutina, pero es necesario construir tanto la justificación de la obediencia como la inclusión ciudadana que garantice el orden social. Las elecciones siguen desempeñando aquí un espacio esencial, con el añadido de que los pueblos están empezando a desarrollar una *accountability* movimientista que exige resultados concretos en el corto plazo. Estamos ante una reconstrucción del contrato social que nace de la negación del contrato social neoliberal. La Bolivia de los movimientos sociales, que desemboca en la definición de un nuevo tipo de Estado —el Estado plurinacional— es el ejemplo más claro.

Esto no quiere decir que todo el pueblo tiene que inclinarse hacia una misma opción partidista. El carácter periódico de las elecciones busca confiar la dirección política a diferentes opciones que respondan a las exigencias de la representación. Pero sí es obligatorio que haya un acuerdo general sobre las reglas de juego. Cómo una minoría se transforma en mayoría forma parte de la discusión acerca de los requisitos de una verdadera democracia. Al tiempo que la democracia tiene derecho a defenderse de quienes quieren acabar con ella, debe incorporar la contingencia del acuerdo social, es decir, la posibilidad

real de que cambien las reglas del juego. El poder constituyente se define con voluntad de permanencia pero está sometido a la decisión popular de cada día. Es un lugar común decir, en el caso de la II República Española (1931-1936), que se trataba de una república sin republicanos. Vale igual para crear un socialismo sin socialistas e, incluso, una democracia sin demócratas. Cuando un gobierno está *por delante* del conjunto de la población —por ejemplo, forzando la marcha de la emancipación—, o invierte en consciencia democrática de manera urgente o el viento de la historia lo barrerá. Y ni siquiera así tiene garantías de éxito. Hay en la América Latina del cambio un *neoliberalismo sociológico* que afecta a varias generaciones. Aprender *Poder Constituyente y Democracia* en las escuelas es un requisito de la paz social en el marco político renovado. Si no se comparten las reglas generales de juego, la sociedad está en peligro. Y no basta decretar su importancia. La democracia no es una idea que se asume, sino una creencia que se vive muy desde dentro. Lejos de la linealidad de la construcción de ciudadanía que planteó Marshall, las transformaciones democratizadoras siguen estando fuertemente amenazadas.

CONCLUSIÓN: POR UNA IMPRUDENTE REINVENCIÓN DEMOCRÁTICA

La recuperación de los Estados por fuerzas políticas que cuestionaban el modelo neoliberal, y en especial la subordinación del sur al norte en el nuevo proceso de acumulación del centro, llevó como veíamos al *establishment* académico a resucitar peyorativamente el concepto de *populismo*. El uso del populismo como categoría se ha convertido en un arma de combate político, dardo conceptual dirigido especialmente para aquellos gobiernos a los que cabría denominar como de “nueva izquierda”, que se caracterizan por su voluntad de superar el neoliberalismo y el capitalismo y por democratizar la política y la sociedad apoyados en movimientos sociales activos y en una ciudadanía ganada para la acción colectiva (Chávez, Rodríguez Garavito y Barrett, 2005).

Resulta interesante comprobar que la acusación de *populismo* precede al análisis académico. Estas adjetivaciones se articulan previamente en los medios de comunicación hasta crear un marco de referencia, convirtiéndose en un lugar común aplicado a cualquier gobierno que se aleja de las formas tradicionales de la democracia representativa y del capitalismo neoliberal. De manera más clara, el adjetivo se aplica invariablemente a aquellas propuestas que pretenden la nacionalización de los recursos naturales. Posteriormente, y una vez creado ese marco de referencia en los medios, la descalificación del populismo como forma de gobernar pretende cerrar el marco

analítico que prepara una nueva correlación de fuerzas. De manera más clara, tanto la diferenciación entre izquierdas “buenas” (“pragmáticas, sensatas y realistas”) y “malas” (“izquierdistas infantiles, autoritarias y viejas”) o las acusaciones de *populismo*, las peticiones del fin de la soberanía, la crítica a los frenos al *libre comercio* y la defensa de grandes espacios de libertad a las empresas transnacionales pertenecen más al debate político que al análisis objetivo. Es una vez más Ludolfo Paramio quien afirma:

Pero el populismo, incluso si se somete a las reglas de juego de la democracia, no es un proyecto democrático. Divide a la sociedad a través de su distinción maniquea entre sectores populares y oligárquicos, basa su discurso en la confrontación, y no pretende crear ciudadanos sino seguidores. Por otra parte, la dinámica política del populismo puede derivar fácilmente en políticas económicas poco o nada responsables, ya que su prioridad es la redistribución clientelar, no la inversión y la transformación de la sociedad. (Paramio, 2009: 33)

En el escenario de crisis económica que empezó a experimentar el mundo occidental a partir de 2008, esta acusación resulta sorprendente. Venezuela experimentaba hasta abril de 2009, veinte trimestres consecutivos de crecimiento del PIB, al igual que un crecimiento ininterrumpido del Índice de Desarrollo Humano que mide el PNUD. Su coeficiente de Gini sigue siendo el más bajo de América Latina²⁴. A esa fecha, Chávez había ganado doce elecciones (al igual que había perdido un referéndum y aceptó, pese al anuncio en buena parte de los medios de comunicación mundiales de que no lo haría, el resultado de las elecciones que lo adversaron en la reforma constitucional). Lo ridículo del análisis se agrava cuando se considera que fueron países *nada populistas* quienes iniciaron un proceso de desestabilización como la invasión de Irak (Estados Unidos, Gran Bretaña y España). En términos de confrontación, la política mundial, influida por los medios de comunicación y la simplificación ideológica, está cayendo en un bipartidismo generalizado, lo que genera necesariamente un incremento de la polarización, aún más cuando las empresas de medios de comunicación trabajan invariablemente para alguno de los dos polos. No deja de ser igualmente engañoso hablar de polarización en casos como el boliviano, el ecuatoriano o el venezolano, e ignorar el grado de confrontación que experimentó el enfrentamiento entre

24 Lo cual no implica que la crisis económica no afecte a su resultado, más aun teniendo en cuenta su vinculación a los precios internacionales del petróleo. En cualquier caso, la crisis económica fue producida en Estados Unidos y Europa y desde ahí exportada a América Latina.

Bush y Kerry (con el añadido de las papeletas controvertidas de Florida), entre Obama y McKein o, por traerlo a Europa, entre Zapatero y Rajoy (que incluiría la denuncia por parte del Partido Popular de la supuesta participación del PSOE en el atentado de Atocha, atribuido por el gobierno de Aznar a ETA, y la petición de invalidar las elecciones). Las dos varas de medir, un escenario repetido en la política y también en los medios, no está ausente en el análisis académico.

Detrás de la caracterización de un gobierno como *populista* hay un conjunto de presuposiciones, de *mitos* que actúan como tales gracias a la capacidad hegemónica neoliberal de convertir visiones parciales en sentido común. Contra esos mitos se configura buena parte de la agenda alternativa de la nueva izquierda latinoamericana. En una somera lista tendríamos los siguientes mitos: el mito de que es posible regresar a una suerte de capitalismo con rostro humano, ignorándose que el keynesianismo colapsó desde dentro por su incapacidad de solventar el ataque conjunto de la inflación y el estancamiento a comienzos de los setenta. El mito de que el mercado sigue siendo un asignador eficiente de recursos, apenas regulado en aquellos momentos en que experimente dificultades; el mito de que la globalización se impuso de forma *natural* y sin violencia; el mito de que la democracia representativa agota las posibilidades de la democracia; el mito de que el sujeto político es la clase obrera, el ciudadano entendido como cliente o ese sujeto virtual llamado la *opinión pública*; el mito de que basta ganar unas elecciones y acceder al aparato del Estado para tener el poder; el mito de que la politización social es negativa; el mito de que la calidad de la democracia se mide por variables cuantitativas pensadas en, desde y para los países desarrollados; el mito de que lo que hicieron los países europeos en su momento de formación no puede ser repetido en los países en desarrollo, de manera que ese momento de *acumulación política originaria* se lee en el caso de Europa como momento heroico y en el caso actual de América Latina como desviación democrática; el mito de que los gobiernos de la nueva izquierda tienen la obligación de presentar resultados inmejorables en cualquier circunstancia y en tiempos récord, sin considerar las dificultades que crea la clase política saliente y sus conexiones económicas; el mito de que el nivel óptimo de movilización social es el que está por debajo del nivel de institucionalización; el mito de que los medios de comunicación son instrumentos objetivos al servicio de la democracia²⁵.

25 A estos mitos desde la derecha, habría que añadir algunos otros desde la izquierda, como que es posible el hundimiento del neoliberalismo sin antes haber sido derribado o sustituido por otro; que es posible “cambiar el mundo sin tomar el poder”, esto es, al margen del aparato estatal; que la política es intrascendente o le hace el

En un momento histórico en donde se debate si la crisis económica es una crisis *en* el capitalismo o una crisis *del* capitalismo, los gobiernos de la nueva izquierda latinoamericana están intentando vías alternativas que obligan al capitalismo occidental a repensar su salida. Ni el aumento del déficit público, ni el agravamiento de la explotación de la naturaleza, ni el aumento de la explotación de los países del Sur (vía tratados de libre comercio, usufructo de sus recursos naturales, pago de deuda o invasiones) son posibilidades hoy abiertas como fue el caso en los años setenta, ochenta y noventa del siglo pasado. Las dificultades del capitalismo occidental que pretende cargar sobre los hombres de América Latina sus problemas de acumulación obligan a diferentes posicionamientos desde el análisis politológico. Los países del Sur intentan enfrentar, sin duda con contradicciones, el hecho de que no hay modelos y que corresponde asumir el principio de Simón Rodríguez “inventamos o erramos”. Como denuncia Laclau, frente a esto se verifica una pusilanimidad que consiste en ceder en las palabras para ceder posteriormente en la sustancia: “Una de las formas principales que toma esta pusilanimidad en la actualidad es el remplazo del análisis por la condenación ética” (Laclau, 2005). La recuperación del concepto de *populismo* para descalificar esos intentos forma parte de la colonialidad del saber occidental y, como tal, y por su peso normativo, está más al servicio de inclinaciones política que de inquietudes académicas. Una inclinación política que mira con desconfianza el empoderamiento popular y la superación del modelo capitalista y de las formas de democracia de baja intensidad que sostienen ese modelo.

Eso no significa que baste la existencia de una oposición con un programa político férreo de regreso al pasado, apoyado además por los Estados Unidos, para conjurar todos los retos de la democracia en el continente. Fórmulas como el socialismo del siglo XXI, la incorporación constitucional de la “buena vida” (*sumak kawsay*) o del “vivir bien” (*suma qamaña*) a las constituciones ecuatoriana y boliviana, la redefinición de las repúblicas como Estados plurinacionales, la puesta en marcha de políticas públicas participadas popularmente, la apuesta por un modelo de desarrollo endógeno o la búsqueda de una integración regional basada en la complementariedad como forma de superar las limitaciones de la periferia para la integración en la econo-

juego, desde los Estados nacionales, a la pequeña burguesía; que los movimientos sociales deben estar al margen de la política; que los procesos de integración regional —incluido la ALBA— refuerzan el capitalismo; o que los problemas internos —ineficiencia, corrupción— no son sino señales de la falta de coraje gubernamental para, construir la alternativa. Véase Sader, 2009.

mía internacional, son todos aspectos que sugieren una reinención democrática que va más allá del modelo neoliberal inaugurado con el golpe de Estado de Pinochet (con apoyo estadounidense) contra el Frente Popular de Salvador Allende en 1973.

Igualmente, la existencia de gobiernos que reclaman la reinención de la democracia incorporando los ángulos ciegos del modelo representativo vigente durante el siglo XX en el continente, no implica sin más la superación del marco neoliberal y su sustitución por un modelo integralmente alternativo. Por eso, la prudencia obliga a hablar de transiciones hacia el postneoliberalismo (Borón, 2005)²⁶ que empiecen a experimentar nuevas formas de democracia basadas en formas experimentales apoyadas por los nuevos gobiernos. El principio de subsidiariedad parece una buena base de ordenamiento. A diferencia de algunos autores que cifran todo en la creación de respuestas globales (es el caso del último Bauman, 2010), es importante reforzar las bases nacionales, regionales y locales antes de emprender aventuras en el ámbito global, donde todo se hace etéreo. Pero sin que esto signifique, ni mucho menos, abandonar esa nueva arena que vino para quedarse que es el mundo global. El principio de subsidiariedad deja que la parte más pequeña con capacidad se haga cargo de la gestión de los asuntos públicos, pero con la cláusula que obliga a la parte organizada inmediatamente superior acudir en su ayuda en caso de necesidad. Para que este esquema funcione, es imprescindible la capacidad y la voluntad de toda la ciudadanía organizada (en formas de democracia deliberativa), y la disponibilidad de cada parte superior (comunidades, municipios, regiones, estados centrales, organismos supranacionales) para apoyar cada escuela de ciudadanía democrática que implica la autogestión popular. Sin una conciencia superior, que no haga de la participación una carga sino una responsabilidad, es difícil que las formas de democracia participativa superen a la oferta de irresponsabilidad de la democracia representativa. Solo en ese caso, el Estado, que debe ejercer de palanca esencial, podrá desempeñar esa labor sin caer rehén de la mayor disponibilidad histórica de satisfacer unos intereses y no otros.

De ahí que la movilización, lejos de ser un suceso excepcional, debe convertirse en un recurso diario. Las formas de rendición de cuentas horizontales, en el día a día, a través de una opinión pública que posea canales de comunicación democráticos, es la alternativa obligatoria. Solo esa rendición de cuentas horizontal, asentada en una corresponsabilidad esgrimida por una ciudadanía consciente, puede frenar la vertiginosa creación de nuevas *nomenclaturas* que sustituyan

26 Aunque en el discurso de Chávez, de Evo Morales y Álvaro García Linera o de Rafael Correa se habla nítidamente de transición al socialismo.

a los antiguos cuerpos de funcionario y perpetúen su lógica de Estado patrimonialista.

Por eso, la construcción de una democracia postneoliberal — orientada hacia la construcción del socialismo pero que entienda que las fases de transición son espacios de discusión y colaboración entre el reformismo, la revolución y la rebeldía— pasa por la construcción de una esfera pública no dominada por empresas de medios de comunicación con intereses particulares incompatibles, por definición, con el interés general. E, igualmente, emplaza a la ciudadanía a hacer cierto el “mandar obedeciendo” que resucitó el zapatismo y que está en el corazón de la propuesta democrática republicana basada en la virtud y que, todavía, sigue sin necesitar confiar en “dioses, reyes ni tribunos” esa responsabilidad que debe reposar estrictamente en la dignidad que acompaña a cada uno de los seres humanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcántara, Manuel 2009 “América Latina: la política inconclusa” en Alcántara, Manuel (org.) *Revista Sistema*, Dossier “La política de América Latina”, N° 208-209, enero.
- Bauman, Zigmunt 2010 *Mundo consumo* (Barcelona: Paidós).
- Borón, Atilio 2005 “Promesas y desafíos: la izquierda latinoamericana a principios del siglo XXI” en Chávez, Daniel; Rodríguez Garavito, César y Barret, Patrick (eds.) *La nueva izquierda en América Latina* (Bogotá: Norma).
- CEPAL 2010 *Espacios de convergencia y de cooperación regional. Cumbre de Alto Nivel de América Latina y el Caribe*, Cancún (México: febrero. Disponible en: <www.eclac.cl/publicaciones/xml/4/38524/Espacios_convergencia_cooperacion_regional.pdf>).
- Chávez, Daniel; Rodríguez Garavito, César y Barrett, Patrick 2005 “¿Utopía revivida? Introducción al estudio de la nueva izquierda latinoamericana” en Chávez, Daniel; Rodríguez Garavito, César y Barret, Patrick (eds.) *La nueva izquierda en América Latina* (Bogotá: Norma).
- Coronil, Fernando 2002 *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela* (Caracas: Nueva Sociedad).
- De Sousa Santos, Boaventura y Avritzer, Leonardo 2002 “Introdução: para ampliar o cânone democrático” en De Sousa Santos, Boaventura (org.) *Democratizar a democracia. Os caminhos da democracia participativa* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).
- El Troudi, Haiman y Monedero, Juan Carlos 2006 *Empresas de producción social. Instrumento para el socialismo del siglo XXI* (Caracas: Centro Internacional Miranda).

- García Linera, Álvaro 2010 “Conferencia Magistral: La construcción del Estado” en Facultad de Derecho de la UBA (Buenos Aires: 9 de abril. Disponible en: <argentina.indymedia.org/news/2010/04/727678.php>.
- Hirschmann, Albert O. 1981 *Salida, voz y lealtad* (México: FCE).
- Hubert, Evelyn y Solt, Frederick 2004 “Successes and Failures of Neoliberalism” en *Latin American Research Review*, N° 39 (3).
- Ibarz, Joaquim 2010 “Votos manchados de sangre” en *La Vanguardia*, 19/03.
- Jessop, Robert 2008 *El futuro del Estado capitalista* (Madrid: Catarata).
- Koselleck, Reinhart 2009 “La investigación de una historia conceptual y su sentido socio-político” en *Revista Anthropos* (Barcelona) N° 223.
- Laclau, Ernesto 2005 *La razón populista* (Buenos Aires: FCE).
- Laclau, Ernesto 2006 “Deriva populista y centroizquierda latinoamericana” en *Página 12*, 8 de octubre. Disponible en: <www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-74196-2006-10-08.html>.
- Lakoff, George 2007 *No pienses en un elefante* (Madrid: Universidad Complutense de Madrid).
- Manin, Bernard 1998 *Los principios del gobierno representativo* (Madrid: Alianza).
- Mendoza, Plinio Apuleyo; Montaner, Carlos Alberto y Vargas Llosa, Álvaro 1996 *Manual del perfecto idiota latinoamericano* (Barcelona: Plaza y Janés).
- Milanovic, Branco 2006 *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global* (Madrid: Sistema).
- Monedero, Juan Carlos (dir.); Jerez, Ariel; Ramos, Alfredo y Fernández, José Luis 2009 *Materiales para el estudio de la participación en América Latina* (Caracas: CLAD) manuscrito.
- Monedero, Juan Carlos 2009a *Disfraces del Leviatán. El papel del Estado en la globalización neoliberal* (Madrid: Akal).
- Monedero, Juan Carlos 2009b *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión* (Madrid: FCE).
- Moreira, Carlos; Raus, Diego y Gómez Leyton, Juan Carlos (coords.) 2008 *La Nueva Política en América Latina. Rupturas y continuidades* (México: Trilce).
- Panizza, Francisco (comp.) 2009 *El populismo como espejo de democracia* (Buenos Aires: FCE).
- Paramio, Ludolfo 2008 “El regreso del Estado: entre el populismo y la regulación” en *Revista del CLAD. Reforma y democracia*, N° 42, octubre, p. 33.

- Paramio, Ludolfo 2009 "Izquierda y populismo en América Latina" en Alcántara, Manuel (org.) *Revista Sistema*, Dossier "La política de América Latina", N° 208-209, enero, pp. 28-29.
- Petkoff, Teodoro 2005 *Las dos izquierdas* (Caracas: Alfadil).
- Pierson, Paul 2000 "Increasing Returns, Path Dependence, and the Study of Politics" en *American Political Science Review*, junio.
- Prada, Raúl 2010 "Corrientes discursivas de la descolonización" en <www.cambio.bo/noticia.php?fecha=2010-04-08&idn=16874>.
- Sader, Emir 2009 *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Said, Edward 1990 (1978) *Orientalismo* (Madrid: Libertarias/Prodhufi).
- Schmidt, Manfred G. 1997 *Demokratietheorien* (Opladen: Leske+Budrich).
- Villacañas, José Luis y Oncina, Faustino 2006 "Introducción" en Koselleck, R. y Gadamer, H. G. *Historia y hermenéutica* (Barcelona: Paidós) p. 27.
- Wallerstein, Immanuel 2008 Entrevista con Antoine Reverchon en *Le Monde*, 12 de octubre. Disponible en <www.rebellion.org/noticia.php?id=74554>.